

Una excursión a Villavieja

La ascensión comienza bajo los mejores auspicios; expertamente guiados, nos adentramos en una estrecha garganta, alta y cortada por la Naturaleza al hilo de la plomada, desde una altura, a veces, de sesenta metros. Atrevidamente, en la seca pared, crecen higueras y lentiscos que han buscado la tierra por caminos inverosímiles; y en las pequeñas cornisas hay un enjambre de mirlos y palomas, como en los caserones y palacios; y más arriba algunas águilas, nos saludan. La cuesta empinada se tolera bien; estamos resguardados de los rayos del sol, y aunque el terral aprieta, no consigue llegar hasta nosotros por entre las curvas del camino; pero además don Emilio nos entretiene.

—Aquí—dice—cayó el año pasado una muchacha que se arrojó desde lo alto el día antes del fijado para su boda.

Miramos a la altura y nuestros ojos recorren el camino que el cuerpo de aquella pobrecita novia saltó un día, trágicamente torturado por un alma triste. Como no tenemos tiempo de husmear en la terrible historia porque, para disimular la fatiga de la ascensión, ahorramos las palabras, recorreremos rápidamente también la posible novela de amor en un minuto de silencio que, sin acuerdo previo, guardamos. Y don Miguel, que sabe de aquella historia todo y que ya lo ha olvidado, nos descubre otra noticia.

—Arriba el que vive es un hombre extraño. Le llaman el «Princeso» en recuerdo de su madre, conocida por la «Princesa». Como ella, vive siempre solo, apartado de las gentes, a las que al parecer desprecia, y comiendo de las hierbas que él mismo se proporciona en la sierra, y de alguna limosna que, a veces, con gran repugnancia recibe.

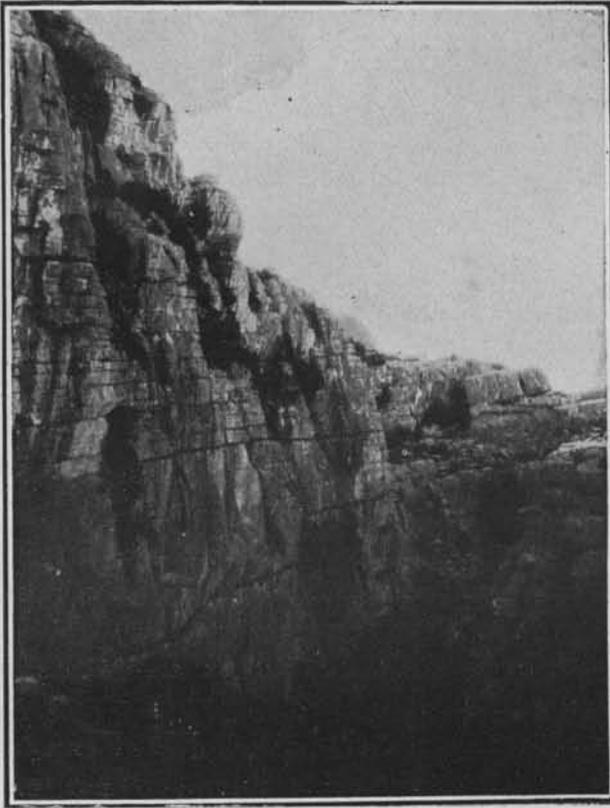
Don Juan, don Adolfo, don Francisco y yo, nos hemos sentado junto al fresco manantial; por fin estamos ya casi en Villavieja, el final de nuestro paseo; pero antes hemos querido refrescar nuestras fauces secas y dar tiempo a que el cansancio se mitigue.

—Lo menos—dice don Francisco, poniendo entre sus palabras lentos intervalos llenos de fatigosa respiración—,llevamos andados cuatro kilómetros.

—No, tanto no—dice don Adolfo—;serán tres y medio.

Don Emilio sonrío y calla. No se ha cansado todavía, y mientras sentados esperan unos a que el cigarro termine y otros preguntamos a una

mujer que en la fuente refresca unas coles, algunos detalles sobre el «Princeso»—pobres detalles de su vida misérrima en los que todavía no se ha



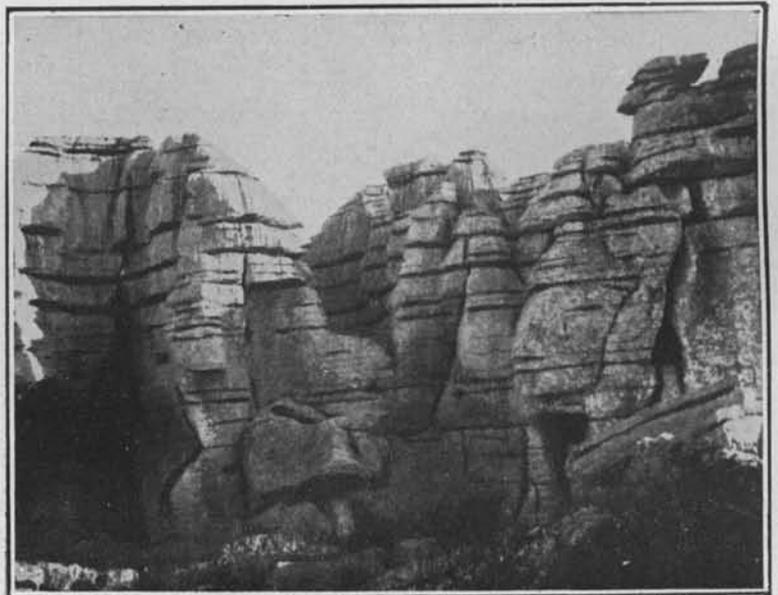
encontrado el secreto misterio de la tradición supersticiosa—don Emilio danza por el llano a la búsqueda de fósiles de que está repleto el cerrete; espléndidas almejas de varias especies.

Yo quiero buscar también, pero estoy entretenido en esa difícil interviú con la mujer—o con el hombre—del campo que no acaba de resignarse a creer en las personas que preguntan esas cosas pueriles con la severa seriedad de la ciencia; difícil además, porque la frialdad de esta mujer no se ha despertado ante ningún detalle relativo a la vida extraña del «Princeso».

Emprendemos otra vez la marcha, todavía en cuesta, que a don Francisco le vuelve a arrancar hondas lamentaciones pero ahora anda más deprisa

y va el primero; ni se entretiene con las historias ni le importan los fósiles; quiere estar ya en Villavieja, donde le han prometido un terreno llano, además de las magníficas vistas que perseguimos en nuestro paseo.

El sol sigue calentando un poco; el aire de la montaña viene espléndidamente perfumado, y nosotros lo aspiramos ávidos y a borbotones. Don Adolfo respira deleitado... los momentos que le deja libre la atención su sombre-



ro, con el que juega al aro desde que comenzamos a subir. Yo he pes-

cado un amigo, que, con el jocino en la mano y accionando con él, me va explicando unos arbitrarios hallazgos de tesoros maravillosos.

—El tío Paco ¿sabe usted? el de la Romana...

Yo le digo a todo que sí, hasta que llega a alguna noticia de interés; entonces llamo a don Juan y le suplico:

—Oiga, ¿quiere usted, mi amigo don Juan, anotar en su memoria ésto?

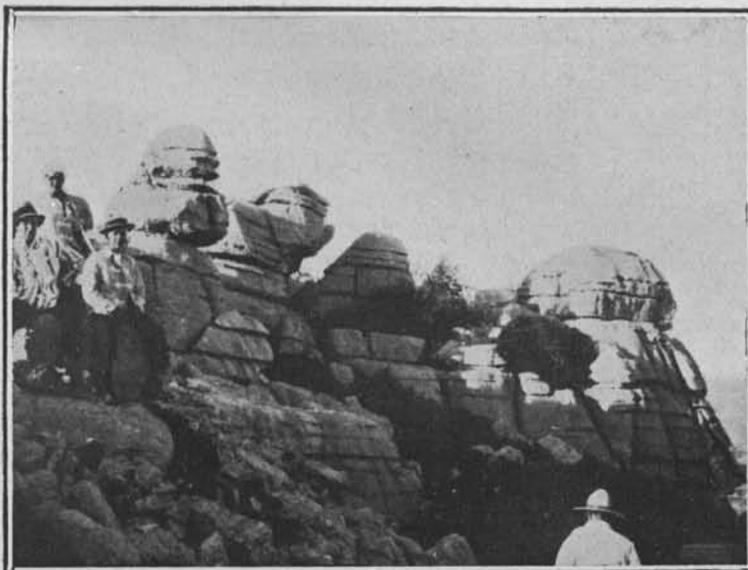
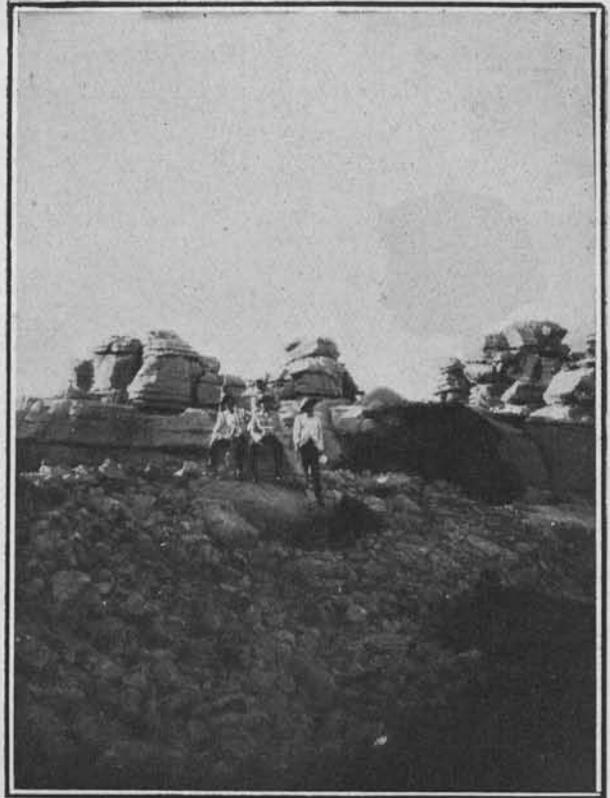
Y don Juan espera y oye; y luego me dice:

—Sí; estoy enterado. Cuando lleguemos abajo buscaremos eso.

Absorto en la descripción de una moneda *coa un agujero*, no advierto que hemos encimado: pero me despierta la voz de don Adolfo que dice:

—¡Eh, don Manuel! ¡Ya estamos!

Yo levanto los ojos y me encaro abiertamente con Villavieja. A mi lado están don Francisco,



don Adolfo, don Emilio y don Juan, que han olvidado la inacabable longitud de la empinada cuesta. En el suspiro de satisfacción que a la primera mirada ha salido de nuestro pecho hasta don Francisco ha dejado escapar la más honda de sus lamentaciones.

En las fotografías que acompañan a esta impresión podrá ver el lector curioso algo

de lo que hay por allí. Desde luego la máquina da acaso el suficiente documento para la explicación geológica; pero es preciso que el especialista vaya allí y recoja esa explicación en el mismo terreno.

Nada hay en España tan parecido al famosísimo Torcal de Antequera, como esta gran planicie de Villavieja, a unos kilómetros de Estepona.

Seguramente el geólogo encontrará sabrosas analogías entre uno y otro montón de piedras, y podrá adentrarse en curiosas hipótesis.

El amigo Muñoz-Cobo, que tan bien conoce el Torcal, podría organizar alguna de esas excursiones científicas que tanto bien siembran en la juventud escolar y de tan espléndido como modesto modo contribuyen al lento desarrollo de la ciencia.

Nuestro caminar no tiene hoy fin tan agudo. Vamos solamente a ver, y nuestra emoción se manifiesta en una alegre algarabía.—Don Juan—llama D. Francisco—mire Vd. aquella piedra que parece un zeppelin.

—Don Francisco—digo yo—¿no semeja aquello una gorra de soldado francés?

—D. Manuel—dice D. Adolfo—allí hay una maja de Goya.

—D. Adolfo ¿no es aquello un dragón?—interviene don Juan.

Todo se parece a todo; todo encuentra una alegre semejanza, nos recuerda el parecido con alguna estampa que hay en nuestros ojos.

—Esto—dice don Juan, que es mozuelo—es bellissimo en una noche de luna. Las otras tardes vinimos a merendar...

La procesión de los amables recuerdos pasa a nuestro lado. Hemos visto a nuestro amigo brillantemente acompañado por unos ojos negros y un corazón apresurado. El perfume débilmente acusado de las plantas del cerro, vestiría seguramente las dulces palabras idílicas con su delicado manto; el grave silencio de la montaña guardó tal vez los ecos de las tiernas frases de amor, que ahora, por nuestra impertinente curiosidad, despiertan amostazados.

Nuestro camino continúa incansable a través de aquel laberinto de raras columnas con caprichos más raros todavía; las innumerables piedras caballerías han quedado guardando inverosímiles equilibrios que parece se han de romper al más tierno soplo del viento; pero el viento no es fuerte ni aun para impedir que encima de una de esas piedras haya crecido un hermoso y recio nopal y desde cada punto contemplamos un nuevo anfiteatro, que en la noches de luna ha de ofrecer seguramente un aspecto fantástico; lo suficiente para amedrentar algún débil corazón femenino, que sabrá buscar refugio al lado de algún pecho fuerte y valeroso. Le brindamos la experiencia a don Juan; pero don Juan sonríe, y, ayudado del amigo del «hocino» nos va buscando las simas varias que hay, a las que arroja una piedra y

—¡Oiga osté! ¿Llegará a fin der mundo?—nos pregunta muy intrigado el labrador. Y ya ¿para qué torcer su suave creencia? le contesto.

—¡A ver! Tire Vd. una piedra y se lo diré.

La piedra gorda y pesada cae tropezando en las parcdes de la sima unos segundos tan solo; pero el eco sigue mandándonos débilmente su rumbo, y yo entonces digo:

—Esa, si no ha llegado, poco le ha debido faltar. Porque, para cada uno, ¿donde está el fin del mundo sino donde su pensamiento?

Don Emilio se ha perdido. Anda buscando unos restos de cerámica sobre los que yo he llamado la atención; es cerámica basta, quizá morisca, y de la cual hay en todo el riscal, abundantes fragmentos con algunos levísimos adornos.

Ahí lejos,—cuando se acaba esta esplanada, en la Medina, hay muchos más.

—¿Cómo en la Medina?

—Si, allí hay un sitio que le llaman así.

—¿Por qué no vamos?—pregunto yo enseguida.

—Ya no es posible, otro día —dice don Juan—. Por este terreno tardaríamos más de tres horas en llegar y ya va cayendo la tarde.

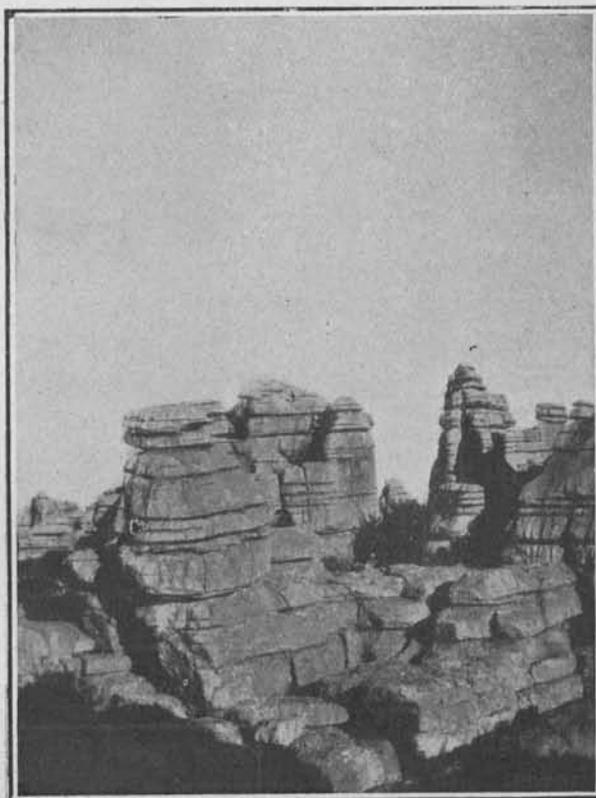
Yo siento una leve desazón, y con violencia, atenazo mi curiosidad afirmándola en la búsqueda rígida de figuras rocosas fotogénicas; pero no puedo impedir que, cuando aparece don Emilio le pregunte sobre la Medina.

Y don Emilio, con ese amor a la tierra de todo indígena bien nacido me traza un precioso programa para otra nueva excursión, y luego, avivado por mi inquietud, me indica otra, mucho más importante en donde hemos de encontrar restos romanos y fenicios.

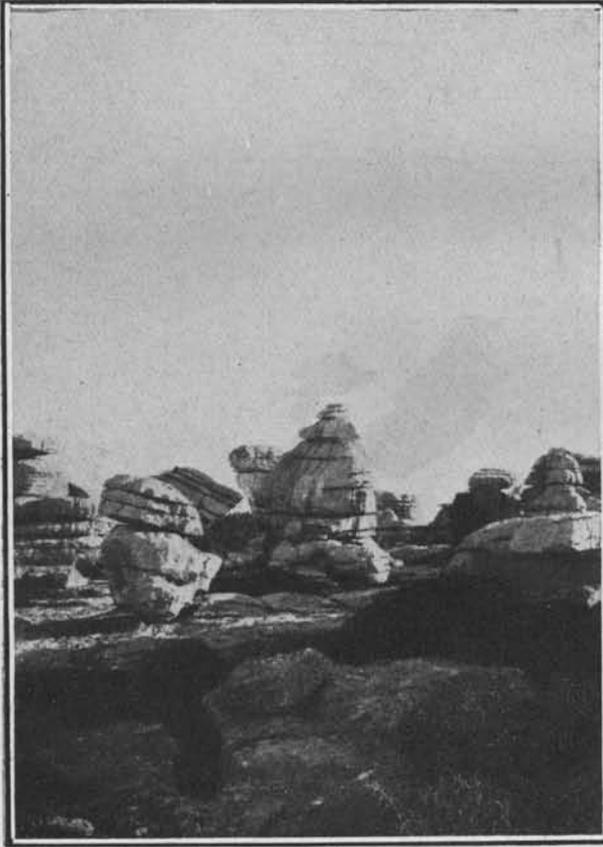
—¿Ve Vd. aquel pueblecito?

Debajo de la montaña, Casares, blanca piña de alegres rosas, parece que está columpiándose entre le mole del castillo y la falda de la sierra.

La tarde cae tenuemente y el guía nos lleva hacia la salida. D. Juan, don Adolfo, don Francisco don Emilio y yo, quedamos un momento suspensos ante el magestuoso panorama. Todo el valle de la Hedionda, el pueblecito de Malimba, la Sabinilla, hasta el faro de Calaburra se divisa, limitando al azulado mar y separado de él por unas blancas barbas de espuma. El sol se ha tumbado atrás de nosotros, y a nuestra izquierda la elevada sierra de pinos, oscurece ya. Yo quisiera aprisionar el paisaje, y aun a sabiendas de que la fotografía no lo alcanza, tiro dos o tres películas; y quisiera sentarme unos momentos para repasar todo el valle; pero no es posible. Es difícil el descenso, especialmente para los que no cono-



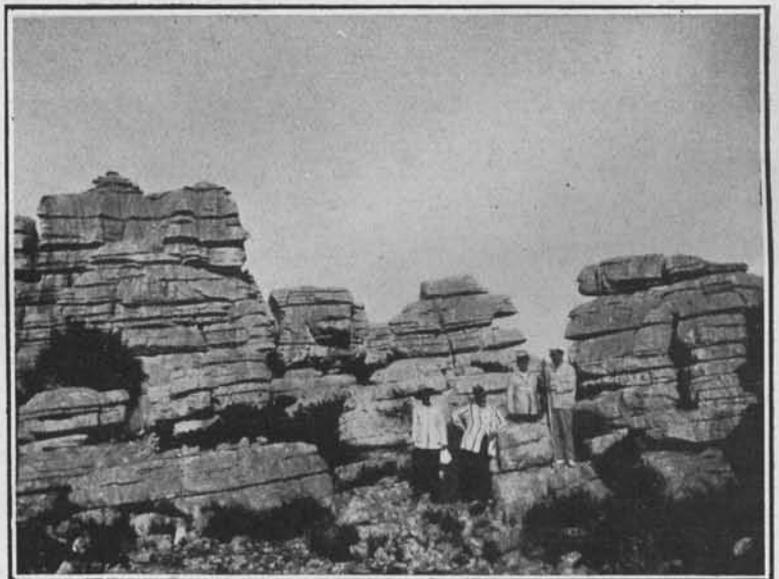
ceмос el camino.—En otra circunstancia—dice don Francisco con retintín—no habría prisa. Y don Juan sonríe y sonreímos todos puestos ya en marcha algo apresurada.



dras caballeras, innumerables y caprichosas.

* * *

Seguramente las expertas manos de doña Dolorcita, intervinieron en la preparación de la más deliciosa merienda que se ha preparado en todo aquel valle para unos excursionistas cansados. Se supo poner en ella la más descarada tentación, y no hubo



El sombrero de don Adolfo rueda otra vez y otra; surgen de nuevo las lamentaciones de don Francisco; la caña de don Juan —el bordón—se pierde, a pesar de que ha pasado otras veces por aquellos caminos; don Emilio atesora en su pañuelo más fósiles, y yo sigo dando traspies y pinchándome en las yerbas mirando hacia la desconocida Medina. Desde el camino de los baños se nos divisa y hasta nosotros sube una deliciosa voz de plata que llama.

—¡Juanillo!

Es una chiquilla, seguramente dulce; ¡Juanillo! dice la voz. Y nosotros pensamos en la cariñosa llamada, y sin saber por qué, nos acordamos de la hermana luna, del riquísimo aroma de la sierra y del terrible miedo que pueden producir las sombras de las pie-

más remedio que entregarse a ella como nos entregamos a la amable cor-

tesía de estos amigos que tan fácil y tan suavemente han sabido hacernos olvidar la amargura de la empinada cuesta y el dolor de los agudos pinchazos.

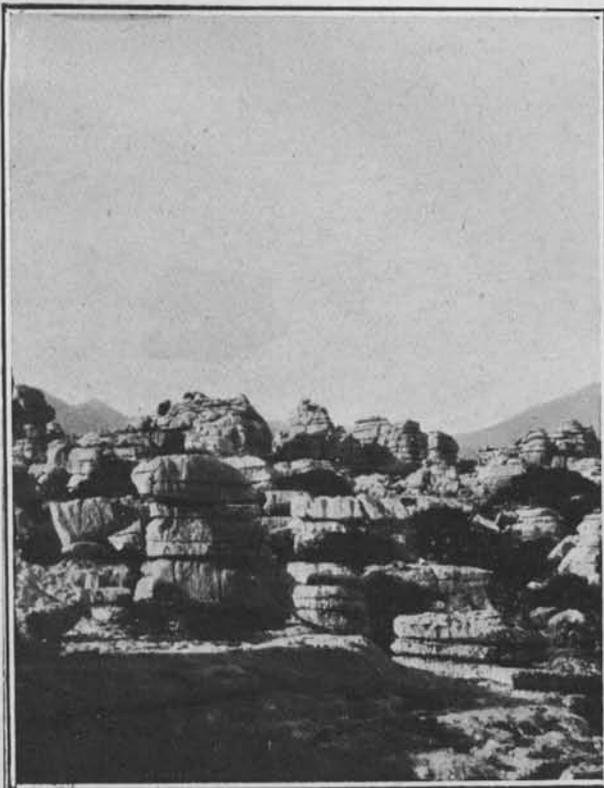
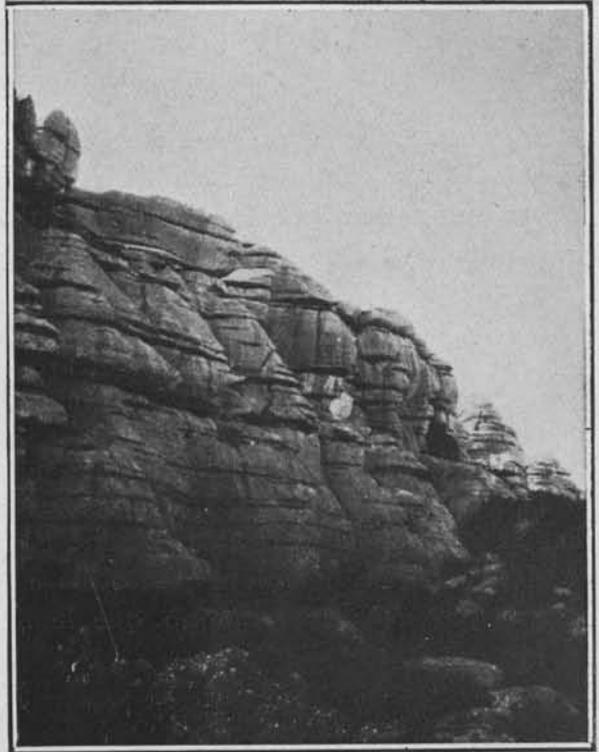
—¿Volverá Vd. otra vez?

—Yo, sí; dentro de unos dos años—exclama rápido don Adolfo—y es próximamente el tiempo que yo calculo que necesito para que se me olvide el cansancio de esta tarde.

Pero no es preciso insistir mucho; don Adolfo dedica el domingo al sagrado cultivo de la amistad; y apenas pasen tres días estará dispuesto a olvidar las penalidades con tal de compartir con los amigos el suave deleite de la conversación desinteresada; porque él quiere encontrar la *maravilla del verdadero amigo* de que tan diestramente habla nuestro Gracián.

* * *

Y ahora, de noche ya, caminamos por la preciosa carretera



de la costa; la luna blanca traza su blanco camino sobre el mar, movedizo al impulso de una suavísima brisa; a los lados del blanco camino, el azul oscuro se extiende en inacabable planicie; el peñón de Gibraltar, allá en lo profundo, traza débilmente su contorno entre la bruma, y pronto lo perdemos. Nuestra conversación se corta a cada instante, al compás de los recuerdos que nos van llegando continuamente del hermoso día, y casi no nos fijamos en Estepona, donde tan buen arroz nos sirvieron.

En Marbella insistimos en nuestra admiración por los hermosos pinares, nuevos, que han sido plantados por una mano

benemérita, y las her-mosas dunas revestidas de largas hierbas; la playa deliciosa, trae ahora un nuevo prestigio de los versos de nuestro maestro inimitable, el Góngora divino, en su hermoso romance.

«Amarrado al duro, banco
de una galera turquesca...»

Inquirimos en la sombra el lugar de donde partiría el forzado, o aquel de donde «lo vió salir Don Luis». Todos los lugares son iguales. Y por todos debió pasar nuestro vate. La dulce cadencia del romance se va desgranando.

Un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena.

Y con seguridad entre estas hermosas chiquillas que pasean su traje dominguero, esta alguna que directamente descienda de la que al llorar llenaba el mar de «lucientes perlas». El divino romance acuna nuestro cansancio con voz armoniosa y nos hace entornar los ojos, y lleva nuestra mirada por el blanco camino que le hace trazar en el mar con la plata de sus reflejos.

JOSÉ MANUEL CAMACHO.

